

Washington Sondon y el regreso de Concha Rayada (parte IV)

X

La aguja larga del reloj se encontraba perfectamente vertical, ubicándose entre el uno y el dos que formaban el número doce. En ese preciso momento, Sondon apretó el botón del timbre. Una voz metálica le informó que el mecanismo que bloqueaba la puerta estaba siendo temporalmente desactivado para permitirle, con un sencillo empujón, entrar al recinto. Así lo hizo. Segundos después, tras subir algunos pisos por escalera, Sondon se encontró frente a una puerta marcada como 5C. Tocó el timbre y entró con profundo respeto.

-¿Cómo le va Señor Sondon? -interrogó una dama de edad intermedia cerca de avanzada. El detective sin mediar palabra tomó su arma y se la mostró a la mujer. -Ah, sí. Disculpe. Casi me olvido -le dijo la mujer mientras abría las puertas de un antiguo mueble. Sondon dejó su arma en el interior del mismo, encima de algunos libros, y la mujer cerró el mueble con llave. -Es que pasó tanto tiempo desde el último incidente que no sé si hace falta ahora que guarde su arma Sondon -le explicó la mujer.

-Son las reglas -contestó parco. -Sí, las reglas, es verdad -contestó la mujer como quien menciona al pasar algo que puede llegar a perturbar a alguien más.

XI

-Y son muy importantes las reglas ¿no? -dijo la mujer mientras ella y Sondon tomaban asiento. -Creo que usted lo sabe muy bien -contestó Sondon.

-No importa lo que yo sepa, sino lo que usted crea que sepa. ¿Por qué cree que sé tanto sobre la importancia de las reglas? -lo interrogó.

-Bueno, usted tiene muchas reglas que no puedo romper. Si no le aviso con tiempo que no voy a venir, me cobra la sesión -dijo tímidamente.

-Pero esas no son reglas. Son acuerdos que establecimos al comenzar la terapia. Si esos acuerdos no se cumplen, no podríamos seguir trabajando juntos. No sería tan terrible -le contestó.

-Lo del arma en cambio sí es importante. ¿Recuerda lo que pasó aquella vez?

-Sondon, ya pasaron cinco años de aquel incidente. Desde entonces podemos decir que usted es otra persona. ¿Por qué le parece que podríamos volver a tener un problema ahora? -le preguntó.

-Es que Concha Rayada salió de la cárcel -arrojó el detective.

Ambos guardaron silencio por un rato.

XII

-¿Escapó de la cárcel o cumplió su condena? -preguntó la terapeuta.

-No importa, porque ya está actuando nuevamente -se lamentó Sondon.

-Bueno, pero ya eso escapa a usted. No puede seguir durante años culpándose por las malas elecciones de otra persona. Creo que algo de culpa tuvo el padre en todo esto. La intimidad de un chico tiene que ser respetada.

-Pero fui yo el que llevé esos textos a la comisaría -volvió a lamentarse Sondon.

-Revistas de distribución gratuita que podían conseguirse por todos lados -dijo la mujer como quien repite un verso de memoria.

-Sí, lo recuerdo. Pero sin embargo... -siguió Sondon.

-Miré, acá tengo el recorte del texto que usted me trajo aquella vez -la mujer sacó el papel de una carpeta llena de folios- un poema dedicado a la vagina de la novia de su padre por un adolescente confundido. ¿Usted cree que eso es algo para publicar en una revista literaria? Peor aún ¿usted considera correcto que el padre de ese adolescente publicara ese poema? -se indignó la terapeuta.

-*Raya con tus líneas la dureza de mi sangre* -murmuró Sondon.

Mariano QUINTERO

Azúcar

Este mate y el agua a punto de ebullición. Me espera él.

Pero más me deshago por esta mujer, el complemento de nuestras bocas-presente ajado sin fisuras- si el azúcar...

Camino por este tres ambientes

Desoigo una radio de fondo y me escucho

Sin cerrojos mas con sopor

Semireclusión en compañía

Derramame y cebame, bebé

Doblo el Página para escuchar a mi compañera circunstancial

Decir

Azúcar... a tu vida le falta azúcar, bombón.

Federico Matías LÓPEZ



"Navidad hiperfacebook"- Mariano QUINTERO

Labios

*Dame tu misterio,
centinela de mis sueños.
Duerme como un hada,
entre dientes que no existen.
Suplica tus anhelos,
como quien abre una flor.
Moja tus mañanas,
en el mar de mis caricias.
Rompe tus fronteras,
como cinta de una escuela.*

*Y así tu pasado será natural.
Y así tu presente será el que es.
Y así tu futuro será el nuestro.*

*Busca en tus entrañas
Entrégame tu flor.
Raya con tus líneas
la dureza de mi sangre.*

P.B.

Cuentos seniles: Necesidades

El 24 de diciembre a la noche nos hacían desalojar el living a los niños de la familia y mi padre agregaba que también había que dejar el baño desocupado. Se supone que Papá Noel estaba a punto de llegar y considerando su edad, papá, previsor, se aseguraba que el anciano pudiera descargar, más allá de los regalos. Se imaginaba a un Papá Noel urgido, sobrevolándonos en su trineo y que -sin un gesto cómplice como el de mi padre- se vería forzado a rociar a los transeúntes aquí abajo.

Para esa época mi padre hacía tiempo se había convertido en un experimentado orinador a cielo abierto con tácticas variadas mediante las que evitaba ser visto. En plena calle, entre dos autos estacionados, por ejemplo, distraía como un mago a su auditorio mirando hacia arriba con preocupación mientras hacía correr el chorro, sacudía y guardaba y se retiraba satisfecho. Había desarrollado la habilidad de emitir la micción mientras caminaba sin salpicarse ni una sola gota

*Se supone que
Papá Noel
estaba a punto
de llegar y
considerando su
edad, papá,
previsor, se
aseguraba que
el anciano
pudiera
descargar, más
allá de los
regalos.*

y conocía los mejores lugares para parar en las calles y los recovecos más discretos de las rutas para bajarse a regar las banquinas.

Ahora que se ha generalizado el uso de equipos de aire acondicionado que chorrean agua hacia los transeúntes, que las plantas en los balcones se riegan hasta desbordar, que muchos dueños dejan a sus perros en los balcones y los animales aguantan hasta donde pueden y luego hacen lo suyo y dejan que la fuerza de gravedad se cumpla mojando a los viandantes, que las palomas son plaga y todo lo demás. Todavía ahora, después de tantos años, cuando se acercan los 24 de diciembre o cuando una urgencia me sorprende, recuerdo a mi padre, su solidaridad con Papá Noel, supongo que ya no existen hombres tan considerados y evito en lo posible ser tocado por cualquier fluido que venga del cielo.

Roberto GÁRRIZ

Eyaculación precoz

Una tarde Don Gervasio Navarta me relató una confesión, eso creí al comienzo. Sin reparar en la vecindad de mesas dijo que él era el santo de los eyaculadores precoces. Para no reírme muy sobre el pucho de la confidencia intenté reparar la formación de Vélez campeón del 94: Chilavert, Almandó, Sotomayor... Cuando creí alcanzar el pesado ataque del fortín, una verdadera proeza del dislate, solté un breve pero consistente bufido de saliva que llegó hasta la ventanita y fue bajando como una gota de lluvia, pero del lado de adentro

-¿De qué te reís? -dijo, golpeando la mesita. El jarrito tambaleó y fue a volcarse sobre unos ejemplares que mi compañero había apoyado del lado del mirador. Quise explicarle:

-Es la primera vez que me pasa -mentí. Don Gervasio sonrió debajo del bigote amarillento. Me reveló que la suya era una precocidad retórica y que aquel era motivo por el que nunca había podido escribir una novela.

-Escribo cuentos por una simple disfunción. Envidio a esos tipos

que pueden sostener la vela durante mil quinientas páginas, dilatarse en descripciones y anotar sucesiones de diálogos sin sentir culpa por el tiempo

Me dijo que podía, no siempre, extenderse en detalles al comienzo de sus escritos, pero que en un momento preciso de la escritura lo invadía una ansiedad fulminante, un rayo que lo empujaba a terminar con el asunto, allí donde el lector prefiere algún goce, entradas y salidas, ciertos vaivenes.

Comencé a sentirme humillado por su historia: él estaba narrando mis propias frustraciones y creí que su confesión era en verdad una burla que tenía asiento en el material fotocopiado que yo le había acercado.

Quizá por haber sacado su tajo, don Gervasio pidió la cuenta, se despidió y lo vi alejarse por Montevideo. Yo permanecí quieto observando la lenta presura de la gente en la avenida, con la inquieta figuración que hubiese podido narrar algunas carillas más sobre este verde asunto. Contar sus gestos, sus ojos o la enorme macha en el mantel colorado.

Uriel BEDERMAN

Navidad

Cayeron las ventas un 22 %

Pasada la Navidad los comercios están que arden: las ventas cayeron un 22% en relación con el mismo período del año pasado. Así lo indica una encuesta realizada durante la semana comprendida entre el 20 y el 26 de diciembre entre los comercios de la zona. En realidad la cifra medida en pesos es similar a la del año pasado pero teniendo en cuenta la inflación, se infiere que en términos reales hubo un descenso en las ventas. En cuanto al tipo de producto comprado y el perfil de los clientes, el informe señala que los mayores de 60 volvieron a inclinarse por los repasadores, monederos y jabones, pero además, llamativamente, este tipo de productos se vendió un 32%

más (medidos en unidades) que en 2008, cifra que contrasta con la caída de un 42% en la compra-venta de sonajeros y baberos. "De ello se desprende claramente -señala la consultora encargada de la encuesta- que la esperanza de vida se ha alargado ostensiblemente en la Argentina, pero a la vez ha aumentado la mortalidad infantil".

"Para estas fiestas vinieron muchos adultos mayores pero pocos padres con bebés menores de un año", confirmó un vendedor. A lo que otro agregó: "¿Es que nadie necesita sonajeros?". Un tipo que pasaba por ahí le contestó "sí, yo", mientras le mostraba un bebé bastante

pequeño. Esta cronista se acercó al joven padre para saber qué opinaba acerca de eso de la mortalidad infantil, a lo que el muchacho le contestó que bien podría "ser cierto", ya que a él se le habían muerto dos antes del año. "¡Oh, no!", dijo el vendedor de sonajeros apesadumbrado, al tiempo que sentenció: "Esos sí que son problemas graves. y no una simple caída en las ventas". "No crea que es para tanto -contestó el padre-, con lo caras que están las cosas mejor tener pocos hijos, sobre todo para las Fiestas". "¡Ah, bueno!", acotó irónico Papá Noel, dando por concluida la discusión.

Yanina BOUCHE

Temporada de patos. Temporada de conejos.

“Nosotros no festejamos la nochebuena: somos judíos. La mitad de nuestra familia murió en los campos de concentración. Nosotros festejamos el cumpleaños de tu Memé, de tu abuela”. Eso respondía mi padre cuando yo preguntaba por qué no había un árbol de navidad en casa y porqué no nos juntábamos con toda la familia como los demás.

“Nosotros no festejamos Roshashaná, ni el Día del Perdón, ni nada de eso: somos judíos. Pero no de esos judíos. Pero para los nazis somos judíos como esos”. Eso respondía mi padre cuando yo preguntaba por qué – si éramos judíos – no íbamos a la iglesia... la iglesia de los judíos (se dice “templo”, me decía él).

“No somos religiosos, pero somos judíos. Judíos ateos”. (Y en sus labios eso sonaba muchísimo peor que ser sólo “judío”).

Entonces... ¿no tenemos salvación? -pensaba yo - Somos judíos... pero no religiosos. Y tampoco festejamos nochebuena... ¡Eso sólo puede querer decir que no tenemos salvación!

¿Me voy a salvar si muestro el documento de mi abuela? Ella de verdad nació un 24 de diciembre. Eso tiene que servir para algo, ¿verdad? Quiero decir... no es mi culpa que no festejemos la nochebuena.

¿Me voy a salvar si muestro la estrella amarilla en el

*Fue el mejor
24 de
diciembre de
mi vida, pero
el Dios
cristiano y
Jehová me
maldijeron
para siempre.*

La señora Dalí (quinta parte)

En la cárcel de mujeres de Buenos Aires no está permitido querer ser femenina, tampoco masculina. Las mujeres tienen que aprender a ser cuerpos regulares, sin nada que los distinga.

A la señora Dalí la distingue la visita de Elías Dalí Abdala, un sobrino que tiene una mercería en Junín – Provincia de Buenos Aires – y que tramitó los problemas legales del Oriente. La familia del muerto estaba fuera del asunto, ya que nunca se habían casado y sus hijos – Salvador y Pablo – autorizaron al primo y se fueron a Brasil. Elías era el único sobrino, sería heredero por la tontería de los hijos. Al cuidarla, se cuidaba para evitar extravariar su herencia. Elías, como su padre Abdala, creía que la señora Dalí era una mujer perturbada, una mujer que tenía una olla de grillos en la cabeza. Pero tanto el padre como la madre de Elías habían muerto y no tenía hermanos. La mercería le daba de comer y de cojer. Vestía los sueños de algunas vecinas a cambio de favores sexuales. También se entendía con el abogado de su tía, a la que le hablaba de Beirut para entretenerla, aunque lo único que le interesaba era el Club

Sarmiento de su ciudad, que siempre se iba al descenso.

Beirut, querida tía, es una ciudad extraña. Los muertos que aparecen por las calles – la mayoría degollados – carecen de documentos y no tienen familiares que los reconozcan. Los que tienen dinero viajan lejos, vuelven cansados y se pasan los días violando a la servidumbre. Leen Hegel y vuelven a partir. Los pobres se arrastran por las calles, imploran a sus dioses, comen lo que sea y se entregan al sueño. Dormir es una droga para los pobres de Beirut. Duermen cuando pueden y sueñan con otros países. Despiertan y buscan comida. Las madres son duras con sus hijos; les pegan en la garganta con una vara de mimbre, le arrancan las pestañas, los pelos de la nariz. Las uñas de estas madres se prenden a lo que sea, a lo que sirva para arrancar. Las generaciones son como soplidos: nada cambia, nada se altera. Las autoridades son elegidas no sé por quien, los políticos aparecen un día y desaparecen sin dejar huellas.

Los periódicos se usan para vendar heridas. La historia de Beirut según le cuenta la señora Dalí a las reclusas, tiene algo sagrado, pasa por libros

documento de mi abuelo? Eso tiene que servir para algo, ¿verdad? Quiero decir... para los nazis fuimos todos igual de judíos, incluso si no éramos de “esos”. Un 24 de diciembre no fui al cumpleaños de mi abuela. No fui a “no festejar la nochebuena porque somos judíos, pero no de 'esos judíos'”. Ella tenía 18 años y un sublime par de tetas, pero como además era judía pensé que la familia me disculparía.

Fue el mejor 24 de diciembre de mi vida, pero el Dios cristiano y Jehová me maldijeron para siempre. Al año siguiente mi abuela ya no estaba, y entonces todo comenzó a ser diferente. Fue el momento en que las cosas empezaron a cambiar. Los alfajores pasaron a ser “minitortas”, las gaseosas abiertas hacía dos días pasaron a ser “finamente gasificadas”, los gerentes se convirtieron en “CEO’s”, un simple vendedor se convirtió en un “ejecutivo de cuentas”. Fue el momento en que – muy tímidamente - la mejor literatura pasó de los libros a las series de TV, y los capítulos se convirtieron en “temporadas”.

“Dios nos odia a todos”, escribieron los guionistas para que Hank Moody tuviera su primer y único éxito de ventas. Pero yo ya lo sabía desde antes. Desde que los 24 de diciembre se convirtieron sólo en un cumpleaños que no se festeja más, y en la imagen borrosa de las tetas de una tonta chica judía.

Adrián DRUT

polvorientos, por enigmáticas mezquitas, por piedras grabadas que nadie intenta descifrar.

La vida de la princesa de Beirut es ajena a esta historia: lee en el puerto, se hace escoltar por sus perros, cada tanto viaja a Damasco con su madre.

La familia no entiende el idioma en que están escritas las cartas que les llegan desde la República Argentina. La madre llegó a pensar que el remitente ocultaba a un enamorado secreto. Aunque el corazón de la princesa es duro, late en un cuerpo elástico y sensual. ¿Qué pasará con este corazón cuando ella se baña y ve su cuerpo desnudo?. El cuerpo de la princesa tiene algo azulado; una tonalidad diferente a esa piel verdosa que siempre admiró en su madre. Al fin, le dijo su madre, es tan natural ser azulada como verdosa.

En la Argentina la Policía Federal logró establecer la identidad del paraguayo asesinado, incluso logró una lista detallada de quienes se habían alimentado con su cuerpo.

(continuará)

Germán GARCÍA

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Una historia difícil de creer

Yo le creo a Agustín. Dice cosas extrañas, siempre cuenta cosas que es casi imposible que pasen. Pero si él dice que es así, yo le creo. Tiene tanta cara de tonto que no podría inventar nada. Pero además tiene ojos grandes, claritos, y cuando cuenta algo los abre de tal modo que parecen uno solo, como un ojo de buey. Y desde ahí alcanza a ver más que cualquiera y como también tiene cabeza grande no se olvida de nada.

Me contó que iban por la ruta con sus padres hasta Bahía Blanca, para pasar la Navidad con toda su familia, que es de allá. Iban los padres, él y la abuela.

Dice que se les hizo tarde, que últimamente estaban discutiendo mucho en su casa, por la abuela más que nada, porque dijeron que sí, que venga a vivir con nosotros, la queremos más que a nadie en el mundo, que acá la vamos a llevar a pasear a tantos lados, no se puede comparar capital con provincia, todo lo que se puede hacer en la ciudad, pero que ya nadie se la banca. Y que así, peleándose por todo, que no encontraban las cosas, las valijas, la ropa para ponerse al otro día, la abuela que quería ir al baño, la bolsa con los regalos, la tarjeta de crédito, la cajita de remedios con la plata para

no dejarla en la lata de yerba como siempre y que una cosa trajo la otra, se les hicieron las mil y quinientas, como le dijo la mamá a su tía la última vez que llamó por teléfono para avisar que se quedarán tranquilos, que ellos iban a llegar como para el brindis, pero que iban a llegar.

Cuenta Agustín que en el camino se comieron el vitel toné y la tabla de fiambres y hasta un vasito de sidra que tomaron todos de la tapa del termo. Llovía, estaba tan oscuro, que él ya se estaba durmiendo y quería poner su almohadita sobre la falda de la abuela y la abuela le decía salí, con esa cabeza gigante que tenés y que todos estaban un poco dormidos y de golpe escuchó la frenada del auto. En eso vio a Papá Noel, solo, contra la ventanilla, queriendo que lo acercaran porque también llegaba tarde, que le abrieron y entró por la puerta trasera pidiendo un lugarcito pero en realidad sacó de un brazo a la abuela y la tiró a la banquina. Y lo mismo hizo con todos, menos con él, que se lo llevó adonde está ahora y nadie lo ve, salvo yo, porque me viene a visitar todas las noches y me cuenta unas historias rarísimas.

Nora MARTÍNEZ

Me contó que iban por la ruta con sus padres hasta Bahía Blanca, para pasar la Navidad con toda su familia, que es de allá. Iban los padres, él y la abuela.

Sur del suburbio

Una gota gorda había castigado mi mollera y me sentí un reptil surgido de las profundidades saliendo a la luz. Iba caminando cubierto por esa techumbre alzada a una distancia descomunal, rodeado de gente que salía y entraba a los empujones como cardumen. Somos minúsculos frente al desarrollo de la ingeniería: tanto hierro, vidrio, zinc en la bóveda oxidada y chorreante, el progreso traído de una floreciente Europa propulsado por los países al ritmo del vapor empujando pistones, solté de corrido y la caterva de ideas me hizo pestañar. Casi se conservaba como en aquel tiempo, calculé, sorprendido de que en minutos esa omnipresente maquinaria me trasladara sobre rieles comidos por el uso y rodara a lo sardina protegido de las inclemencias por una morrocotuda caja metálica, sonreí sin gracia por semejante inspiración sardónica.

Pensaba es un chiste ir sentado, ver desfilar vendedores ambulantes o ambulatorios opuestos al avance, que ofrecían variadísimos productos gastronómicos; un disparate mayúsculo su música chillona a extremado volumen, tan ajena a la realidad; evidentemente aquello, lo que pasaba, seguía siendo díscolo como mis pensamientos, regados por un paisaje de casas donde redoblaba la lluvia, que se centuplicaba a velocidades fluctuantes atrás del vidrio chorreado: ¿pero pasaba eso en realidad?

Si era otra chica desinflada, la había acompañado tres veces hasta su vivienda familiar con jardín delantero y le había escamoteado un beso justo cuando te clavaba esa puerta enana de la verja en plena rodilla. Vivificante, pensé, por primera vez en la tarde con cierta coherencia, porque estaba yendo al encuentro de Viviana, a quien desde nacida le habían dicho Vivi; qué vivo, lagartón, urdí, vivís estropeando todo el viaje por la premisa de saber que es difícil, repetía para mis adentros, difícil, mimetizado con los sordos ofertantes, difícil, imbuido ya de entera realidad o realismo tanto que me saltó una lágrima, difícil que Vivi siga viviendo... en Turdera.

Sergio FOMBONA